

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

LA RELIGION
DE LA
HUMANIDAD

SANTIAGO DE CHILE

XX

LA MISION DE LA MUJER

La mujer es la fuente de la santidad. Su existencia se caracteriza por los nobles afectos. Olvidándose de sí misma, vive para los demás, y halla en eso su felicidad más íntima. Nace dispuesta a la virtud y siempre anhela practicarla. El mal le repugna y sólo se le acerca para transformarlo en bien. En esta bella tarea su paciencia es infinita, hasta que logra el triunfo. El más duro egoísmo cede al inefable poder femenino. Tal es la misión efectiva de la mujer en todos los tiempos, aunque a veces haya sido desconocida.

Cuando más justicia se rindió al sexo amante fué en la Edad Media. Entonces los caballeros feudales tributaron un verdadero culto a la mujer. Cada cual consagraba su vida entera a la elegida de su corazón. El recuerdo de su dama le inspiraba a todo caballero el valor y la firmeza que requerían las difíciles labores de aquel tiempo. Al morir, su último pensamiento era para ella.

Este culto de los caballeros por la mujer hizo sur-

gir la bella concepción de la Virgen Madre. La Virgen es, en efecto, una creación feudal antes que católica. El modelo de la virtud pasó a ser femenino de masculino que era, gracias a la situación social. La Divinidad que se había humanizado primero en el Cristo, se convirtió al fin en su verdadero tipo, con la idealización de la mujer en la Virgen Madre.

El positivismo al reconocer a la Humanidad como el único Sér Supremo real, lo personifica en la mujer. Siendo el amor el atributo fundamental de ese Sér Supremo, nada más justo que esta personificación, pues la mujer encarna, por su bella índole, las tres facultades altruistas del alma, el apego, la veneración y la bondad, que han hecho posible la cooperación social a través de los siglos, mejorando cada vez más nuestro destino. El sexo femenino es el origen directo o indirecto de todas las grandes cosas realizadas por el hombre. No existe un solo servidor eminente de la Humanidad que no haya sido espiritualmente formado por la mujer. En toda vida bien llenada está, sin duda, aunque a veces no parezca, la influencia afectuosa de una madre, de una hermana, de una esposa, de una hija. La bendita inspiración de una virtuosa amiga ha solido guiar a los hombres más excelsos, como le aconteciera al Dante con Beatriz, y, sobre todo, a Augusto Comte con Clotilde.

Unido al nombre de Augusto Comte irá siempre el de su selecta e inefable amiga Clotilde. Juntos

atravesarán los siglos de los siglos, envueltos en la veneración de todos los pueblos.

El conocimiento de esa mujer excepcional por la ternura infinita de su alma, elevó al Maestro a un ideal supremo. Antes de encontrarla había realizado, mediante el profundo sentimiento social que lo animaba, su gran elaboración filosófica. Si bien con eso quedaba establecida la base de la regeneración humana, faltaba no obstante construir el edificio. Augusto Comte se disponía a continuar sus meditaciones, cuando le cupo en suerte conocer a Clotilde. La más dulce y pura amistad lo liga indisolublemente a esa mujer angelical, que retempla su poderoso genio.

Al año no cumplido de conocer el Maestro a Clotilde, la muerte se la arrebató prematuramente. Pero en ese corto espacio de tiempo ya se ha encendido en Augusto Comte la llama inextinguible de los más nobles y delicados sentimientos. Su identificación moral con Clotilde le hace penetrar el verdadero secreto de nuestro destino, que estriba en el amor universal. Guiado por la santa imagen de la mujer, a quien adora cada vez más desde su desaparición objetiva, levanta, sobre la filosofía positiva, el edificio indestructible de la Religión de la Humanidad, grandiosa doctrina que realizará la felicidad en la Tierra. ¡Gloria eterna a la que ha sabido inspirar así al Maestro soberano!

Clotilde es el tipo más perfecto de la misión social de la mujer. En su pura intimidad con Augusto Com-

te, le asaltaba la zozobra de distraerlo de la portentosa labor en que estaba empeñado. A menudo tenía que tranquilizarla el Maestro, haciéndole sentir que su espíritu recibía fuerza y luz de esa tierna amistad. Clotilde, no podía, en verdad, gracias a su imaculada belleza moral, más que alentar a Augusto Comte en el cumplimiento de sus grandes deberes. Dos frases de ella bastan para darnos la medida de su corazón y nos revelan la santa influencia que había de ejercer sobre el Maestro. Helas aquí: "*Quels plaisirs peuvent l'emporter sur ceux du dévouement?*" (¿Qué placeres pueden superar a los de la abnegación?) "*Les méchants ont souvent plus besoin de pitié que les bons.*" (A menudo los malos tienen más necesidad de piedad que los buenos).

El destino del hombre depende siempre de la mujer; y la que hizo fundar al Maestro la religión altruísta merece, sin duda, la excelsa gloria de personificar, en todos los pueblos y en todos los tiempos, a la Humanidad, nuestra sublime Virgen Madre.

Augusto Comte, pensando en su incomparable Clotilde, ha reunido los siguientes versos, el primero del Dante, y el segundo de Petrarca:

Quella che'mparadisa la mia mente
Ogni basso pensiero dal cor m'avulse.

¡Feliz el hombre que pueda decir lo mismo de su amada!

Su preciosa experiencia personal le sirvió de base a Augusto Comte, para establecer la teoría positiva del sexo femenino. La verdadera fuerza de éste consiste en el sentimiento. El hombre debe pensar y actuar bajo la inspiración de la mujer. Ella ha de ser la providencia moral del mundo. Para llenar tan alto destino, es menester que se halle exenta de la vida pública, teórica y práctica, que tiende a secar el corazón. Sustentada por el hombre, la mujer desempeñará tranquilamente en el hogar su santo oficio de purificar y ennoblecer las almas.

El positivismo, que así consagra la función normal del sexo amante, no tardará en ser aceptado por él. Pero esta sublime doctrina ganará el abnegado corazón de la mujer, no tanto porque favorezca su destino, cuanto porque viene a producir la felicidad del género humano.